

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Alberto Wagner de Reyna

Figuras del viejo claustro

Cuadernos del Archivo de la Universidad **7**

Lima, 1998

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

Wagner de Reyna, Alberto

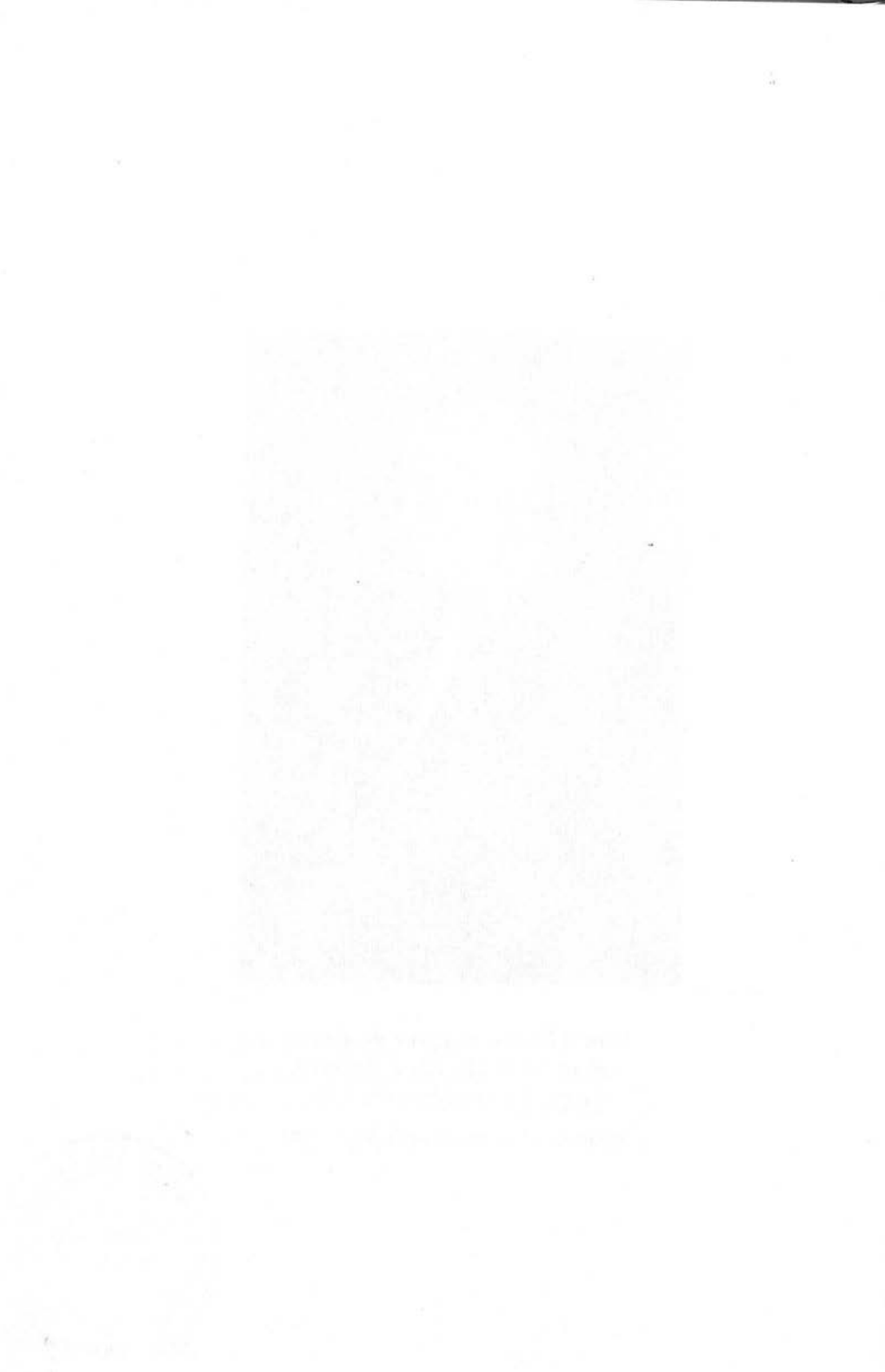
Figuras del viejo claustro. -- Lima:
PUCP. Archivo de la Universidad, 1998.

48 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 7)



Don Alberto Wagner de Reyna
en el Instituto Riva-Agüero
Lima, 20 de mayo de 1996
(Foto por Cosme Trujillo Barrueta)





Presentación

Mis recuerdos de Alberto Wagner de Reyna se vinculan a una jornada académica realizada en noviembre de 1950 en el Instituto Riva-Agüero, cuando ofreció tres conferencias sobre "El problema de la muerte". Como alumnos de Letras en las aulas de la plaza Francia, ya conocíamos su nombre de joven y prestigioso filósofo, discípulo de Heidegger y autor de *La ontología fundamental de Heidegger e Introducción a la Liturgia*. En las disertaciones sobre la muerte pudimos acercarnos al hombre de fe, que por encima del rigor del análisis del pensador, anunciaba su convicción y la realidad de la trascendencia y del misterio. Wagner concluyó esas magistrales lecciones con una concisa frase que nos remitía al horizonte de la fe: "En la muerte, señala la Filosofía hacia más allá de sus linderos".

En los apuntes que hoy se publican, "navegando contra el tiempo", nos trae Wagner, en el tono suave de la remembranza cordial, la presencia de antiguos e ilustres maestros de la Universidad Católica, que sintieron y amaron a su *alma mater* en su más generosa entraña formativa.

Debemos agradecer a Alberto Wagner estos recuerdos, que plasman un trozo esencial de la tradición de la Universidad Católica. Viajero de la diplomacia y de la cultura, alejado por largos años de los claustros de su querida Universidad, regresa hoy Wagner, por medio de su estilo, al que fue su primer hogar intelectual, levantando -como decía su maestro Víctor Andrés Belaunde- "a la vera de las certidumbres eternas".

Armando Nieto Vélez S.J.

Armando Nieto Vélez, S.J.

Profesor Principal

Departamento Académico de Humanidades

Estancias y circunstancias

Se reúnen en este cuaderno algunos bosquejos -artículos y breves ensayos- que he publicado sobre figuras eminentes de la Pontificia Universidad Católica del Perú, cuyos modestos claustros, primero como alumno y joven profesor, después, tuve -allá por los años 30- el privilegio de frecuentar. Fueron escritos unos, como comentarios de actualidad, y otros, empeñándome en navegar contra el tiempo, para dar rienda suelta a mi nostalgia. De allí que sean dispares en tono y estilo y que más que una evocación de la historia y peripecias de la vida académica, presenten estas páginas hitos en carne y hueso -maestros o estudiantes-, que con su fuerte personalidad marcaron, o matizaron gracias a su juvenil talante, los comienzos de nuestra *Alma Mater*.

He omitido el elogio del padre Jorge pues está incluido en el cuaderno 3 de esta serie, dedicado al forjador de la Universidad -"Peón de ajedrez", páginas 29 a 31-, pero es obvio que se halla presente en toda evocación de ella y que tiene el lugar de honor -pese a su ausencia- en nuestra inopinada galería.

En ésta también faltan aquellos viejos catedráticos que, casi sin remuneración y por amor a la Iglesia de Cristo, prestaban su concurso a esta edificación académica, que muchos juzgaban insensata, y robaban horas a sus ocupaciones habituales para dedicarlas a ella: Raimundo Morales de la Torre, fino esteta que era Director General de Justicia -y Maestro de Ceremonias del Estado- y dictaba Historia Universal; y Carlos Arenas y Loayza, ciceroniana figura del foro y espléndido expositor que, al explicar Derecho Civil, ponía a disposición de nosotros su vasta experiencia jurídica; y no deberíamos olvidar a reputados profesores como Carlos Rodríguez Pastor, José Jiménez Borja, José Leonidas Madueño y César Arróspide de la Flor. Están también ausentes de este cuadro aquellos alumnos auxiliares de cátedra que establecían un lazo de unión entre docentes y discentes -gracias a los cuales se confundían ambas categorías en un solo sujeto-, que constituían una particularidad de la Católica, lejano reflejo de la universidad medieval. Me vienen a la memoria los nombres de Pedro Benvenuto Murrieta y Javier Pulgar Vidal.

No he de ocuparme aquí en ellos, como sería justo, sino aprovechar la ocasión para rememorar la "zona de influencia", geográfica y espiritual, de la Universidad, que se extendía desde la plazuela de la Recoleta y la calle de la Amargura y llegaba -por sutiles veredas- a las mentes de una juventud que creía en el porvenir y por ello también en la tradición.

Por lo pronto su local, sede del rectorado y de las dos facultades iniciales de la Universidad -Letras y Derecho-: Era éste un segmento de lo que fuera el colegio de los padres de los Sagrados Corazones -congregación de Picpus-, sobre el solar de la recoleta dominica que ilustró con sus virtudes san Juan Masías, que fue dividido en dos cuando se abrió la avenida del Progreso, hoy Uruguay, en 1924. De un lado habían quedado la iglesia, la fachada que hasta hoy existe sobre la plaza Francia, dos pequeños patios, seis aulas de diferente capacidad, los locales de la antigua portería y un salón de recibo, que correspondían a la Universidad; del otro, la porción mayor, a la que se construyeron frentes hacia las nuevas avenidas, que siguió siendo el colegio de los padres. Pero los sectores continuaron unidos por un pasaje subterráneo, físico y espiritual, que burlaba la separación impuesta en la superficie por el macadán.

Ambas instituciones conservaban en común el uso de la iglesia y del salón de actos. Éste se improvisaba, cuando lo requería una de estas dos entidades, uniendo un par de aulas de la Universidad, habitualmente separadas por un pasaje, -que se incorporaba a ellas- mediante una pared de tabiques movedizos, recurso ingenioso, sin duda, pero algo primitivo... En suma: mal podía imaginarse una base física más exigua e incómoda para la incipiente y combatida Universidad Católica.

En la plazuela de la Recoleta estaba el Hospicio Manrique, en cuyos altos, con grandes verticales republicanos hacia ella, se instaló en 1932 el Centro de Estudiantes Católicos, usualmente llamado el CEC. Era éste la continuación -con nombre y estatutos nuevos- del Centro Fides, que había funcionado en la calle de Lártiga, en los altos de la mansión de Riva-Agüero.

Acogía esta institución a un grupo de jóvenes católicos, no necesariamente universitarios. A los recién llegados nos pareció su estructura algo anacrónica e ineficaz: pues ¡a reformarla! Se la quiso orientar hacia el alumnado de la instrucción superior en general, pero evidentemente la mayoría de los miembros venían de la Católica. Para subrayar la "universalidad" de la casa, elegimos por primer presidente a Víctor Alzamora C.M., que cursaba en San Fernando. Se le cambió de nombre, pues *Fides* -en la opinión de algunos- sonaba a sacristía, no sin cierta resistencia de monseñor Farfán, nuestro bondadoso arzobispo.

El CEC era "voluntariosamente dinámico" y aspiraba a estar al día, de acuerdo con las directivas de la Acción Católica y con las ideas que venían de Europa -en especial Francia y Bélgica-. Maritain y Malinas eran las palabras clave. Muchas iniciativas novedosas. Así, por ejemplo, organizamos un ciclo de conferencias de orientación profesional -gran novedad- con participantes de prestigio nacional: Honorio Delgado habló sobre la vocación de médico. Profesores extranjeros, de paso por Lima, eran recibidos en el CEC y "sometidos" a un conversatorio que a veces duraba más de lo habitual. Se creó así un "polo" de atracción fuera de los estrictos límites de la Universidad, en que los muchachos -y muchachas- se sentían en pie de igualdad con los mayores. El ambiente era de libertad y mutua confianza, sin perjuicio de la ortodoxia y el respeto. En mi formación intelectual y moral fue esta experiencia muy valiosa y hasta ahora la recuerdo con especial cariño y gratitud.

En el local del CEC nació después la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Católica. Fundada y dirigida por largos años por Adolfo Cristóbal Winternitz, austríaco de origen y peruano de corazón, maestro de generaciones de pintores y escultores, cuyas obras de alta calidad estética y exaltante hondura espiritual le aseguran internacional renombre: sus vitrales iluminan iglesias en Austria, España, Chile y el Perú y las xilografías de su Apocalipsis tienen vigor de las trompetas del juicio.

Tomando por la Amargura, a poco, se llegaba a una pequeña librería, cobijada en una antigua cochera o "ventana de reja" que se había abierto a la calle, en que se vendían algunas obras entre piado-

sas y académicas, que llevaba el erudito nombre de *Studium*. Atendía en ella Andrés Carbone, estudiante que asociado a la Universidad Católica, era gerente y asesor literario de los jóvenes clientes de ese "cajón de Ribera" contemporáneo. Quién habría de pensar que, andando los años, llegaría a ser ese incipiente negocio una importante empresa con varias sucursales, y Andrés visible figura en esta actividad comercial.

Poco después comenzó a funcionar -también en la Amargura- la Escuela Técnica de Comercio, de nutrida concurrencia pero en cierto modo marginal a la Casa. Muy distinta era la situación de la Facultad de Ingeniería: físicamente lejana pero integrada en el núcleo de la Universidad. Allí imponía su férula Cristóbal de Losada y Puga, que la hacía marchar con rigor matemático, apenas suavizado por Gerardo Alarco, que desempeñaba la secretaría, "antes que el ingeniero se hiciera padre" como decía el viejo portero de la misma. Por fin -no sé dónde- había una Escuela de Pedagogía, cobijada bajo el alero de la Católica.

¿Qué explicación -humana- tiene el auge de ella a partir de 1932? Desde luego una causa ocasional de evidente importancia: el cierre de la Universidad de San Marcos por el gobierno. Se había ella completamente politizado y sus estudiantes, movidos por agitadores comunistas y apristas, habían ocupado su local.

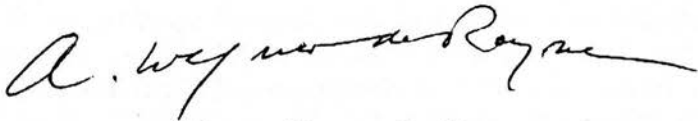
En segundo término, asistíamos en todo el Occidente a algo así como un despertar católico. Las encíclicas sociales, la reivindicación del tomismo y la Acción Católica constituían, también en el Perú, puntos de referencia del pensar. Los dirigentes de nuestra Universidad tuvieron conciencia de ser portadores de un mensaje valedero, a la vez eterno y a tono con los tiempos, que podía ser útil en la desorientación social del país; y, con coraje, asumieron la responsabilidad -en el momento oportuno- de "meterse en camisa de once varas" al ofrecer a la Católica como solución del problema universitario por el que atravesaba el país.

Y, *tertio*, la calidad de los catedráticos que dictaron en el claustro de la Recoleta. Intelectuales distinguidos, algunos profesores de San Marcos, personajes visibles de la vida pública, prestaron su

colaboración. La Universidad Católica no era más una institución vergonzante; lejos estaban los tiempos en que pudiera alguien motejarla de "Academia Dintilhac", de modo que cuando se reabrió San Marcos, ya fue cosa entendida que en Lima funcionaban *dos* universidades de las cinco que había en la república. Y la evolución de ella continuó en línea ascendente, gracias a la energía y mérito de quienes -entusiastas y eficaces- se integraron después en ella, con la bendición de Dios.

Ésta es, en breves trazos, la casa por cuyos estrechos patios y claustros transitaron otrora hombres -algunos ya ancianos, ricos en experiencias y honores, jóvenes otros, pletóricos de esperanzas- que supieron poner su talento y sus esfuerzos al servicio de su fe, dando así testimonio público de su amor a Cristo. La Pontificia Universidad Católica del Perú tiene una deuda de gratitud con ellos; y a través de este cuaderno *Figuras del viejo claustro* quisiéramos, al evocar su recuerdo, invitar a las generaciones venideras a seguir tan enaltecedor ejemplo.

París y domingo de la Santísima Trinidad de 1998.

A handwritten signature in black ink, reading "A. Wagner de Reyna". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the end.

Alberto Wagner de Reyna

*Recuerdo de Carlos Pareja**

A José Pareja y Paz-Soldán

Bello Horizonte, Brasil, abril de 1944.

Mi querido Pepe:

Erais un buen pie para una partida de ladrones y celadores, cuando os conocí -a ti y a Carlos- aquel año negro y duro para vuestra incipiente juventud, en que el doctor Pareja murió víctima del deber profesional. Y desde aquel tiempo erais también el más bello ejemplo de amistad y unión entre hermano y hermano.

Han pasado 20 años, y hoy que te escribo, agobiado por la muerte de Carlos, lo primero que me viene a la mente es la desaparición -en el ámbito de la realidad terrena- de ese lazo fraterno que lo unía a ti. Tan diferentes en vocación y modo de ser, este hecho, en vez de separaros interiormente, sirvió para afirmar lo que una educación cristiana, una natural inclinación y las contingencias de la vida habrían decidido: el que fuerais siempre una pareja, primero de colegiales, de estudiantes después, de intelectuales y abogados al fin, y en todas las circunstancias una pareja de hermanos leales, en que cada uno conocía íntimamente los problemas del otro y los anteponeía a los propios.

A la gran calidad del buen hermano, supo Carlos unir la no menor de buen amigo. El dolor que produjo su partida en un número tan grande de personas de distinta ideología, edad y temperamento, demuestra que no eran estos elementos secundarios lo que las vinculaban a él. Su regia simpatía -vino añejo y generoso que prodigaba a sus amigos con el ademán de quien ofrece un pardillo-, su inconfundible personalidad y acorazada independencia de juicio,

* En: *Carlos Pareja Paz-Soldán: obra completa*. Lima: 1945, t. I, p. LV - LIX. Carlos Pareja Paz-Soldán nació en 1914 y murió en 1943.

su agilísima cultura, su desinteresada entrega, su talento arriesgado en lo sutil, certero en lo cotidiano, y profundo y compuesto (como un hidalgo del Greco) en lo fundamental, todas estas partes hacían que quien lo conociera se aficionara a su chispeante conversación, apreciase su amistad y terminara por integrarse en el grupo heterogéneo de los que lo querían bien.

El tercer círculo en derredor de Carlos era el de sus enemigos (más nominales que de veras, generalmente ocasionales en el azar de una polémica); también ellos eran en cierto modo condicionados por su recia contextura anímica, por sus argumentos novedosos y por la generosidad latente en el fondo de sus ironías.

Una referencia de tal importancia al mundo exterior podría hacer creer que tu hermano era un extravertido que comunicaba todo lo que le venía a la imaginación y publicaba lo que aún había menester de tiempo y calor para madurar. Nada más falso que esto: lo que no le era caro, lo secundario o transitorio -es cierto- lo derrochaba como una pensión para alfileres. En cambio lo que era en verdad suyo, por la emoción o el invento, lo trascendental -nacido en lo hondo y sólo allí con plena significación- era cultivado en silencio, (como lo hace la tierra con la semilla o el sol con los frutos), y rara vez alcanzaba la superficie, en forma de símbolo, sombra o insinuación. En Carlos se equilibraban, coexistían armónicamente y sin embargo en dolorosa dialéctica, los dos momentos angulares de lo personal: la interioridad y la comunicación en confianza. Esto no constituye una feliz rareza sino la plenitud humana: sólo quien entra en sí, puede dar (hacer donación, que es siempre de lo propio) en el diálogo; y todo lo nacido en la intimidad espiritual -por ser de esta categoría- reclama ser **dádiva**, salir a flor de alma, como el brote que busca la luz.

Pero no era esta la única aparente contradicción que Carlos superaba gracias al recto despliegue de ambos extremos, que así resultaban modos de una misma entidad. De igual suerte unía su cosmopolitismo y su calidad de peruano. Al mismo tiempo ciudadano de dos mundos, y constantemente preocupado por las cosas de la patria: defensor -en la cátedra, la tribuna y la prensa- de la cultura cristiana y de los derechos territoriales del país. Y ello acontecía

porque era peruano en el más preciso sentido del término: nuestra nación es por su historia, destino y esencia occidental, miembro de la gran familia helénico-cristiana. Ser peruano no es otra cosa que llevar en sí -quizá agónicamente- el legado de lo clásico y católico (al igual que otros muchos pueblos de ambos continentes) con ciertas características y modalidades propias. Por peruano genuino era Carlos hispánico; por hispánico, occidental, esto es, en casa en cualquier lugar en que se adora a Cristo y se admira a Homero. A esta actitud debía también la amplia visión que tuvo de su tierra, sus encrucijadas, grandezas y defectos, no vista en la lente de los pequeños acontecimientos sino en la perspectiva del que contempla los hechos y los hombres en el cuadro de la historia.

Armonía era Carlos en su amor al saber y en su jamás interrumpido contacto con el mundo y la naturaleza. Detrás de una montaña de libros no se encontraba un desadaptado; de la lectura de fray Luis de León, surgía para él la idea de una salida al campo o de una experiencia aventurada en cualquier calle de tradiciones y duendes. Él supo que la cultura lleva a la simplicidad humana y que la práctica -de hoy y mañana- se corona en la teoría.

Todas estas disyuntivas superadas se resumen en la religiosidad de Carlos. Religiosidad vigorosa, sin pequeños tropiezos, que animaba toda su existencia, que lo llevó a ser alegre y jocundo y también sufrido y estoico, que regulaba sus múltiples inquietudes y vocaciones, que determinaba el orden en el caudal alborotado de sus ideas de mil matices. Encaro fundamental de lo sagrado, que re-liga a Cristo -el Mediador- y lo toma por modelo, guía y fin.

En Carlos se cumplía lo que Heráclito atribuye a la flama: la armonía de los contrarios, armonía que es dialéctica y lucha, pero en el fondo unidad. Y esa unidad profunda no estribaba en una instancia humana sino en la chispa sobrenatural que iluminó su vida y su muerte de caballero cristiano.

No pretendo que estas líneas sean una semblanza de tu hermano -¡habría tanto que decir sobre él!- sino meramente un bosquejo de aquellas calidades que lo hicieron caro, en su presencia y en su memoria, a un amigo y compañero en juegos, estudios y jornadas,

que aquilató lo que significaba su existencia para una generación que no lo olvidará.

Una vez -me acuerdo- me preguntó Carlos qué entendía yo por metáfora: no sé lo que contesté entonces; ahora le daría esta respuesta: consiste en igualar dos cosas disímiles en una intención. Toda tu vida fue, por ejemplo, una metáfora.

Un abrazo,

Alberto Wagner de Reyna

*Perfil de Riva-Agüero**

Como don Gaspar de Guzmán fue para sus compatriotas por antonomasia el Conde-Duque, así don José de la Riva-Agüero, para los suyos, el Marqués: título burlesco para sus adversarios, y concedido con benévola sonrisa por sus amigos, pero que le correspondía en herencia y por fisonomía espiritual. Su sentido aristocrático, su cortesía arcaizante, su inepticia para menesteres manuales, sus gustos refinados, su gallardía y lealtad, y no en último término sus pergaminos y el hábito de Caballero de Justicia y Devoción de la Militar y Soberana Orden de Malta, lo acreditaban como miembro conspicuo del patriciado mundial. Y aun más: Riva-Agüero, sin perjuicio de ser nuestro Menéndez y Pelayo, fue -calidad que no vale menos- nuestro Mariano de Osuna. De preclaro nombre, señor de cuantiosa hacienda, nunca corto en dádivas, ostentoso y viajero, hubiera podido disfrazarse, como lo hizo el español en un baile de máscaras, de su propio abuelo y homónimo. Es cierto que no gozó de Grandeza como Mariano Téllez-Girón, XII Duque de Osuna, ni fue ascendido de Ministro a Embajador de España por el Zar, pero Atena -la de lucientes ojos-, que también suele hacer Primos, lo mandó cubrirse de Grande en el Reino de las Letras; y en más de una Corte, de levante y poniente, disfrutó de altos honores sin llevar ante ellas más representación que la suya.

Con tal situación familiar y económica hubiese podido ser don José un señorito frívolo, mimado por la fortuna, pisaverde en sus años mozos, figurón en los maduros, ruina de su poquedad en la vejez; ejemplo vivo de la decantada generación de la nobleza, muestra palmaria de la agonía de una mentalidad, de una estirpe y de una época.

Pero el destino refutó lo que se juzga bien fundada teoría: Goyito no fue Goyito, no viajó a Chile sino a España y al derredor del

* En: *Revista de la Universidad Católica del Perú*. Lima: may. - jun. 1945, t. XIII, n° 2-3, p. 65-74. José de la Riva-Agüero y Osma nació y murió en Lima: 1885-1944.

mundo; no se convirtió en hito cronológico para tías y libertas, sino en la columna que, con Bartolomé Herrera, sostiene el catolicismo y la derecha en el Perú. Al gran obispo del siglo XIX acompaña ahora el gran seglar del siglo XX.

Católico de cuerpo entero, no únicamente en el ademán y la partida de bautismo, sino en el proceder y la doctrina, cruzado por la fuerza de su convencimiento y el empuje de su espada. Católico de acción -concepto modernísimo-, maestro cristiano que supo colocar la levadura de la fe en el caudal de su enseñanza y proteger -en estas comarcas raro mecenas- a aquella institución que, defensora de la Iglesia, está al servicio del saber y de la patria. A Herrera en el Convictorio corresponde Riva-Agüero en la Universidad Católica.

La preocupación por la integridad territorial y la grandeza y el decoro del país fueron asimismo comunes a ambos, cristalizada -de un lado- en la Convención de 1851, por la que Herrera obtuvo del Imperio bragantino la libre navegación del Amazonas y puso término al avance de las *bandeiras* que -con consecuencias imprevisibles- significaba la invasión pacífica de nuestro territorio; y -del otro- en la militarización estudiantil de 1907, tan ardientemente preconizada por el universitario Riva-Agüero, y en el hecho casi contemporáneo de no aceptar el ilustre hispanófilo la invitación del gobierno madrileño a visitar la península, para permanecer en el Perú durante las vicisitudes de un conflicto armado que felizmente terminó con la definitiva afirmación del derecho que, en el punto controvertido, asiste a la causa peruana.

El código civil de 1852 es otro lazo que vincula a Herrera y Riva-Agüero. Parece simbólico que el cuerpo de leyes promulgado por el uno haya sido defendido -con tanto brío y erudición- por el otro, en su famoso discurso en el Colegio de Abogados de Lima, y exaltado por su causalismo, su organización de la familia y la galanura de su lenguaje.

Pero no basta ni la religión profesada, practicada y defendida, ni el ejercicio del magisterio superior, ni el desvelo por los problemas internacionales, ni la filiación a las mismas concepciones jurídicas,

para establecer el ajustado paralelo entre los dos hombres públicos. Es necesario añadir a este cuadro que Herrera y Riva-Agüero son las dos figuras más representativas de la derecha peruana, o con mayor exactitud: de la derecha ideológica.

Entiendo por este nombre la postura política que -en tesis general- sostiene tres principios fundamentales: 1º la primacía del espíritu sobre lo material, 2º el valor de la tradición y 3º el carácter orgánico de la sociedad. En vista de lo primero es antimarxista; de lo segundo, antirrevolucionaria; de lo tercero, antiliberal.

La primacía del espíritu implica una proclividad hacia el "idealismo" frente al "realismo" político, la preferente atención a los problemas de bienestar intelectual y moral, junto a los cuales los económicos y financieros son sólo condiciones, aunque importantísimas (esto es: el enfoque del fenómeno social desde arriba -comunidad de personas- y no desde abajo -comunidad de productores y consumidores-) y, por fin, la coordinación de lo administrativo y lo eclesiástico en el panorama nacional.

El tradicionalismo significa echar raíces en lo pasado, y a base de éste construir lo futuro, no como una imitación de aquél sino como su consecuencia; y ello no revela momificación ni anacronismo sino mentalidad lógica y espíritu de responsabilidad. Lo primero, porque siendo el hombre y la sociedad entes históricos -en ellos lo presente es la proyección de lo pasado hacia el porvenir- toda modificación abrupta traerá consigo trastornos e inconvenientes; lo segundo, porque sólo quien siente la gravitación de lo pretérito encara lo venidero -que, alguna vez, se convertirá en pasado- como algo de lo cual será definitivamente responsable, y no simplemente en el breve lapso de su actualidad. Quien ve lo futuro como tradición aún no cumplida asume el peso de la responsabilidad que le es inherente. Tradicionalismo y "futurismo" -en cuanto legítimos- son en el fondo idénticos, y por ello no hay contradicción entre la actitud política del mozo Riva-Agüero de San Marcos y las opiniones del casi sexagenario profesor de la Universidad Pontificia.

El carácter orgánico de la sociedad supone una jerarquía funcional entre los miembros de ella. Los hombres son en su esencia iguales:

personas, por lo tanto libres y con derechos inalienables, con capacidad de alcanzar la máxima perfección y el más alto destino humanos. Libertad, igualdad y fraternidad son atributos de toda persona como tal, que la derecha no discute. Pero la sociedad no es una suma -como quieren los individualistas- ni un panal de abejas -regido por leyes materiales- sino un organismo espiritual, que requiere determinadas condiciones físicas y económicas. En él, sus múltiples elementos están caracterizados por su función, y en vista de ésta son diferentes entre sí. La diversidad de función trae consigo deberes y derechos dispares. La selección entre los distintos miembros de la comunidad para los varios empleos ha de obedecer al único criterio racional posible: la aptitud para ellos. Una de las actividades en el organismo social -no la más noble pero sí la más pesada- es la directiva (en sus diversos aspectos): la aptitud para señalar rumbos y establecer normas estriba en un grupo de cualidades entre las cuales se distingue la inteligencia. La jerarquía social implica, junto con la densidad de influencia, la soberanía del talento. Igualdad personal, desigualdad funcional de deberes y derechos: gobierno de la sociedad -el pueblo como nación- por sí mismo, empleando como instrumento a los más capaces para ello, son postulados del derechismo ideológico.

Al sostener el primado de lo espiritual, nunca será una política de *fuerza* -que es la ley de lo inanimado- sino de *orden* -que es armonía anímica-. A fuer de tradicional se opondrá a todo *reaccionarismo* -que ignora el tiempo como dimensión en marcha- y buscará resolver sus problemas en la *evolución* natural de los acontecimientos, sin saltos para atrás ni adelante: *conservando* o restaurando lo siempre joven y *renovando* lo caduco. Como propiciadora de una jerarquía funcional, nunca podrá hacer el juego del *capitalismo* -que implica la soberanía de la materia frente a la cultura y el trabajo- sino adherirá a la doctrina de la *función social de la propiedad*, que ya santo Tomás de Aquino explicó y ahora abraza todo verdadero católico.

Creo que ésta es a grandes rasgos la ideología de aquella derecha que sustentaron Herrera y Riva-Agüero (aunque en algunos detalles hubiesen podido discrepar) muy desemejante de otras derechas, ya sean defensoras de la fuerza -del abuso de la legítima

autoridad-, de la plutocracia o de la vuelta a instituciones o hábitos políticos superados, y de los cuales no faltan exponentes en la historia del país.

El tradicionalismo de don José fue uno de los caracteres más sobresalientes de su recia personalidad y el que tuvo mayor influencia -de afirmación y contradicción- en el Perú. Él representó para nuestras generaciones algo así como la voz autorizada del abuelo, el llamado de otras épocas y la amonestación a ser consecuentes con ella. Voz en muchos casos desoída y en otros tergiversada, que suscitó reacciones y resistencias, pero que tiene un valor permanente en el cuadro ideológico peruano. No importa que diversos grupos de la ciudadanía se hayan apartado de Riva-Agüero: su mensaje, vibrante de ardor polémico y de convicción, fundado en bases incommovibles y cuya vigencia reforzarán los años, será acatado por generaciones venideras, cuando fenecidos los prejuicios personales, se aquilate la cabal significación de este maestro de tantas luces y con tan pocos discípulos.

El amor a la tradición nació de su apego al Perú integral, al Perú que vive su esplendor del imperio precolombino, su dignidad regia de tres siglos de monarquía ibérica, su gallardía de república independiente, marcada por las jornadas gloriosas de la lucha por su génesis y su afirmación nacional. Y porque veía al Perú en su entidad histórica, como miembro de la familia helénico-cristiana, integrante de la hispanidad -categoría cultural que no política-, pudo también Riva-Agüero ser (como dije una vez refiriéndome a Carlos Pareja) un cosmopolita, especialmente un ciudadano del mundo latino, no a despecho de su peruanidad sino gracias a ella. La tradición fue para él un puente hacia otros ámbitos, hacia el universo, y también la raíz en nuestro suelo, aquella tierra cuyo paisaje describió con tanta emoción, de nosotros mismos. Ese tradicionalismo, que hace del Perú no la negación de lo "extranjero" sino el punto en que incidimos en el marco de la cultura occidental, que rechaza un peruanismo regionalista para asumir un peruanismo abierto al mundo, que busca las corrientes subterráneas y fundamentales que afloran aquí pero nos unen con otras provincias del espíritu, que afirma los caracteres nacionales pues conoce su validez

ecuménica; este tradicionalismo -digo- opone a Riva-Agüero a dos magnas figuras de nuestras letras: Palma y González Prada.

Lo primero parecerá si se considera sin mayor detención, absurdo; lo segundo, un lugar común. Encaremos no obstante, las antítesis propuestas. Don Ricardo hizo de la tradición un género literario; don José vio en ella el contenido ideológico. El uno saborea lo pasado con sonrisa volteriana; el otro aborda la historia patria con seriedad hasta entonces desconocida y aún no superada. Palma se deleita con lo genuino y exclusivamente nuestro y fue -en su estilo literario saleroso y malévol- el exponente de la gracia limeña, del ingenio vernáculo. Riva-Agüero investiga aquello que perteneciéndonos, tenemos en común con las civilizaciones aborígenes, con España, con el resto del mundo, y lo expresa en forma clásica, de corte académico, sin dengues criollos, en lenguaje variadísimo -remudar vocablos es limpieza, dijo Quevedo- castizo, asombrosamente exacto y a menudo teñido de imperceptible ironía.

Palma amó el pasado y nos lo refirió con cariño, acercándolo al hombre moderno y despertando en él la afición por la añoranza. ¿Pero qué aspectos de antaño nos brinda? Lo anecdótico, la ocurrencia pintoresca, lo superficial. Olvida frecuentemente lo profundo, lo que fue base y espíritu de nuestro pasado. Fomenta en el lector desprevenido de mayores conocimientos sobre la materia la imagen de una época virreinal de marquesas frívolas, corregidores truhanes, frailes licenciosos y santos milagrosos, y de una república de cohetes y valentonadas; todo ello sin menoscabo de los eminentes servicios que, como meritísimo descubridor de documentos e impertérrito bibliotecario, ha prestado a la ciencia de la historia entre nosotros.

Riva-Agüero -en cambio- dedica su inteligencia y erudición a mostrar lo definitivo y perenne que debemos a España: la obra de las misiones, el esfuerzo de la asimilación del indígena, nuestra incorporación al mundo occidental; vive la gran tragedia de la aplicación de leyes generosas y justas a un país que no las soporta todavía, el florecimiento del arte y la ciencia en los claustros universitarios y conventuales, los movimientos doctrinarios

de los últimos tiempos de la monarquía y las posteriores luchas por ideas y principios.

Si Palma compuso la brillante zarzuela de nuestro pasado, se aplicó Riva-Agüero a referir el drama histórico de nuestra existencia nacional. Si el uno fue el mayor "perricholista" que tuvimos, encarnó el otro la ponderada reacción contra esta actitud, reacción amigable mucho más sustancial que el vocerío de ciertos elementos detractores de la colonia. Y, sin embargo, ambos trabajaron por una causa común, se podría decir un poema: el uno suministró de preferencia los adjetivos y la rima, el otro los sustantivos y el ritmo.

Si Palma y Riva-Agüero son diferentes pero se completan -marchan por el mismo sendero-, se sitúan el marqués de Aulestia y el ácrata González Prada en extremos irreconciliables: derecha absoluta frente a izquierda inflexible; la afirmación del Perú y su pasado frente a la negación del país y todo lo que en él se consideraba plausible; reconstrucción frente a destrucción; actitud desdeñosa del adversario frente al punzante ataque, la difamación y la calumnia; expresión majestuosa sostenida por un sólido acervo de ideas, respaldada por hechos y datos y engalanada de genealogías quizás demasiado prolijas, frente a un estilo brillante y escultórico que disfraza la penuria de conceptos con giros y metáforas felices; vastísima erudición frente a lecturas adecuadas; en fin, gladiador frente a reciarío.

Gladiador fue, en verdad, este bravo don José de la Riva-Agüero y Osma, valiente y combativo. Y así como Veillot, tuvo siempre de su lado al Papa, la verdad y la gramática. Nunca temió decir lo que pensaba, fuese elogio o improprio; abrazó sus ideales con desinterés y coraje, y jamás retrocedió este impenitente quemador de naves.

Vasta copia fue la de sus enemigos: el desafío provoca el torneo; pero también, la barra de bastardía jamás perdona al penacho; rara vez el error de sintaxis pierde la ojeriza que le inspira el buen castellano; el acomodo no soporta la dignidad impoluta; la ignorancia detesta al saber; la mediocridad se burla del ta-

lento, la incredulidad de la fe y la pequeñez de ánimo de la grandeza de espíritu.

Patrono de toda empresa irrealizable pero justa y hermosa, sustentado de entidades desvalidas y personas necesitadas, fue Riva-Agüero don Quijote por la hidalguía y el carácter, y Sancho en la estatura y lo festivo y socarrón. Y aquí llegamos a un punto que no debe faltar en el perfil de este prócer: su ironía. Capaz de tejer en cualquier oportunidad propicia un paralelo minucioso y no exento de malicia entre dos lejanas épocas, dos personajes o dos instituciones; de emplear una palabra en un sentido latente, pero legítimo, para divertirse con la perplejidad del interlocutor desavisado, bien se puede calificar a Riva-Agüero de humorista. Hacía gala de un lenguaje insólito, asumía actitudes anacrónicas, encaraba hechos y personas desde un punto de vista imprevisible, para tener el gusto de ser a su manera y regocijarse anticipadamente con la falsa opinión que de él se formarían los que ignoraban que era el primero en reírse de sus peregrinas ocurrencias. Y así -paradoja chestertoniana- muchos no supieron tomarlo en serio porque no alcanzaron en tomarlo en broma.

Un círculo de amigos -ni tan estrecho ni tan homogéneo como se podría prejulgar- rodeó y admiró cordialmente a ese gran señor, maestro eximio en ciencia y porte, espléndido y bondadoso amigo, amenísimo contertulio, magnífico anfitrión y excelente catador de vinos.

Todo hombre tiene sus defectos, sus errores. Sin duda tampoco Riva-Agüero fue libre de culpa. Varón de duradera significación nacional, no llegó a cumplir totalmente su destino, la misión de su vida: la inapelable crítica y valuación de la historia patria -en el campo científico- y forjar el sistema, claro y convincente, de la derecha peruana -en el doctrinal-. Riva-Agüero es una noble columna dórica: pero, en este aspecto, trunca. Es cierto que la muerte -la que no pregunta ni espera- lo arrebató en medio de fecunda e insustituible actividad, pero también lo es que no logró defenderse de la dispersión, pecado venial en un país como el nuestro, donde no existen fronteras para un espíritu emprendedor y lúcido que triunfa en cualquier paraje.

Don José supo tener una brillante cultura universal (no meramente enciclopédica), pero no dirigir toda la potencia de su mente a un campo circunscrito: fue un polígrafo de nota, pero dejó de ser mucho más.

En los azares de la lid y la polémica, convencido de la justicia y altura de sus intenciones, desconfió a menudo -a veces con razón y otras sin ella- de la buena fe del adversario. En tal estado anímico habría de serle muy duro practicar con largueza el difícil y supremo arte del perdón. Sólo al ver surgir la sombra del Más Allá en su lecho de moribundo, mostrando la futilidad del siglo y sus desvelos, le habrá sido posible seguir este cristiano precepto, y en especial por la estrecha huella franciscana, que a fuer de hermano terciario estaba decidido a transitar. A muchos parecerá extraño que Riva-Agüero se cubriera con el sayal de la penitencia. Ignoran que maestro de ayer y de siempre es el bienaventurado Francisco, figura de santo y de hombre cabal, amado por muchos, respetado por casi todos (Es necesario llegar a la extravagancia de Aldous Huxley para despreciarlo). El *Poverello*, de espíritu medioeval -hasta en su preocupación por el rescate de Tierra Santa- es a la vez el heraldo del Renacimiento y el antecesor del Romanticismo: hombre en que el pasado llega a su plenitud y se desprende de sí como una flor grávida de semillas. Hay en él como un nudo de tiempo, un alto en su marcha para divisar un panorama que se pierde porque se transforma en otro que nace. Hermano Francisco, hijo de un mercader de Asís, es también caballero, caballero francés: no está únicamente en la confluencia de dos épocas sino en la frontera de dos ámbitos. Como lo medioeval y renacentista no se oponen porque se integran en él, así también lo italiano (burgués) y lo franco (feudal) se armonizan y hermanan en su simplicidad de peregrino.

Caballero de espuela dorada y doctor renacentista, clásico en la forma y romántico en el brío, latino e indiano, de sencillez no sospechada, amante del arte y de la naturaleza, fue también Riva-Agüero. Aunque muchas veces las circunstancias externas lo apartaran del seráfico Francisco, siempre lo más recóndito e íntimo de su alma lo llevaba hacia él, hacia aquella espiritualidad cristiana al par amplia y ceñida, rica y pobre, terrena y celestial. No hay pues antagonismo entre el sabio y combativo catedrático, pletórico de

vida, y los despojos mortales envueltos en jerga monacal de la iglesia de la Recoleta.

Por su ingenio y cultura, sutil ironía y portentosa memoria, su capacidad de trabajo y voluntad de saber y poderío, su abolengo y hacienda, su humanismo integral y su amor a la patria, su combativa sinceridad y valor generoso, su obra y ejemplo, es este calumniado veraz e idealista protegido por la realidad, uno de los perdurables valores del Perú, de ubicación definida: terrible contrario o maestro y amigo.

Muchos juzgarán este perfil injusto e irreverente, extremado y desmedido, o inconsulto y caprichoso, con parangones arbitrarios e incompletos (por faltar el cotejo con Peralta y Barnuevo, Felipe Pardo, Mariátegui y otros) y de tono impertinente y extraviado. Escritas por un hombre de otra generación y diferente oficio, pero que ayer lo admiró y hoy respeta su sombra, quieren ser estas páginas tan sólo una interpretación sincera de aquel egregio patricio, hermano de Garcilaso en la fe, por la tierra natal y las comunes aficiones, a quien por singular coincidencia se aplican las palabras iniciales del epitafio del Inca historiador en la catedral de Córdoba:

VARÓN INSIGNE DIGNO DE PERPETUA MEMORIA
ILUSTRE EN SANGRE PERITO EN LETRAS VALIENTE EN ARMAS.

Bello Horizonte (Brasil) en Epifanía de 1945.

*Belaunde o la plenitud**

Plenitud es la palabra que siempre vuelve de nuevo a la mente cuando en lacónico afán queremos dar nombre -un solo nombre- a la rica, multiforme y desbordante personalidad del Néstor de la inteligencia nacional. Plenitud en todas las dimensiones del humano existir; juventud matinal en la hora en que otros suelen trocar el estro por el báculo; saber amplio y fecundo -como la campiña arequipeña que lo vio nacer- en ciencias mundanales y divinas; tonificante y proteica fantasía; máximos triunfos diplomáticos y políticos al servicio de su patria en el babilónico escenario de las Naciones Unidas; caluroso afecto de la noble familia que supo fundar y del abigarrado conjunto de sus amigos, discípulos, contrincentes, corresponsales y lectores dispersos en el globo por el capricho aritmético de los meridianos: original visión del ser de las cosas y del acontecer de los tiempos; intuición de lo trágico y percepción de la risueña y risible relatividad de magnitudes y grandezas; unidad, en fin, de indisimulado gusto por la vida y franca entrega a la fe de Cristo; plenitud, señores, en permanente afirmación de trascendencia hacia el ideal, hacia lo bello, hacia más allá de las contingentes circunstancias del yo, hacia Dios.

Vedlo aquí, alerta la mirada, alta la frente, la mano en la mejilla, en tranquila tensión de cargada ballesta, enamorado de lo grande, pronto a la ira para fulminar la pequeñez culpable, una presencia jamás inadvertida, de continuo inventando teorías aventuradas y vocablos aventureros, descubriendo perfiles a los conceptos y armonías en las formas, de cálida simpatía. Inagotable caudal conversatorio y peligrosa elocuencia, una síntesis viviente -para emplear un término suyo-, con su negra corbata de lazo y aquel indisciplinado mechón de su pertinaz rebeldía: ¿quién no lo conoce y respeta? Una de las

* Discurso leído en la Municipalidad de Lima, reproducido en: *Mercurio Peruano*. Lima: mayo 1961, vol. XLII, n° 409, p. 433-437. Víctor Andrés Belaunde Diez Canseco, rector emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1965), nació en Arequipa en 1883 y murió en Nueva York en 1966.

personalidades más recias que ha tenido y tiene el Perú, una figura de nuestro tiempo: Víctor Andrés Belaunde.

Hace casi sesenta años que este jovial Maestro -que lanza al aire el oro de sus ideas como si fuera moneda de vellón- medita sobre el Perú. Comenzó allá por el año 1903, al ingresar al Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde aspirando el picante polvillo de los infolios -mostaza y pimienta de la cronología- se aficionó a los bárbaros nombres de los ríos amazónicos y a las negociaciones y alegatos que han determinado en la geografía y en la historia, la amada silueta de la patria. Ahondando a lo largo de 25 libros -piedras miliars de su erudición y entusiasmo intelectual- en los temas centrales de nuestra vida comunitaria, desentrañando y poniendo en luminosa evidencia los valores tradicionales y espirituales de la nación; ha creado, encuadrándolo en la problemática contemporánea, el necesario respaldo ideológico para una vigorosa concepción cristiana de nuestra realidad. Pero junto con dar cima este empeño, que lo vincula al inolvidable José de la Riva-Agüero, ha fundado en sólidos cimientos jurídico-filosóficos la defensa de nuestra intangibilidad territorial.

Los gruesos y documentados volúmenes de *Peruanidad* y *La constitución inicial del Perú ante el Derecho Internacional* son así el fruto maduro que nos entrega Belaunde de sus renovadores estudios sobre la esencia de nuestro país y su entidad en el continente americano.

La patria, nos dice el preclaro Maestro, es espíritu y el espíritu es memoria y es destino. Pero si consideramos que el nombre de la memoria colectiva es tradición -aquello que las generaciones pasadas nos legaron y que hemos de entregar a las venideras- y que el destino, día a día, al ser logrado o al frustrarse, se convierte en pretérito, y con ello precisamente en tradición, advertiremos que si bien el destino es el nervio de la historia, la tradición nos indica la dirección del destino. Vocación y destino de un pueblo se determinan desde su tradición y cuanto más se profundiza en ésta con tanto mayor certeza se colige el sentido en que vuela la saeta de lo porvenir.

Y esto ha hecho Belaunde, no con afán historicista sino deseoso de alcanzar -sin odiosos exclusivismos- una interpretación del Perú, una interpretación integral del Perú; de su estructura social, de sus instituciones, de sus constantes y líneas de fuerza, de su ideal. La peruanidad es para él un ideal, un ideal soñado y padecido, de justicia y esperanza, pero enraizado en la dura extensión de nuestro suelo, en nuestra diversidad étnica, en la lucha por afirmarnos física y espiritualmente como pueblo. Un ideal que estamos en trance de lograr, que es nuestra vieja e inacabable tarea de unidad y grandeza. Por ello nos dice en su lenguaje característico y preciso: *La peruanidad es una síntesis comenzada pero no concluida. El destino del Perú es continuar realizando esta síntesis. Ello da un sentido primaveral a nuestra historia. Todo lo que conspira contra esa síntesis es condenable por ser contrario a nuestra clara vocación. El indio necesita vivir en un medio litúrgico. El mestizo tiene que reemplazar su desorientación moral por una intensa disciplina ético-religiosa. El elemento hispánico no puede conservar su propia fisonomía moral si no cumple su misión cristofórica.*

Consecuente con este criterio ha sido Belaunde un propulsor de la doctrina social de la Iglesia, que -como nos lo recuerda él mismo- tiene una experiencia multiseccular del dolor, desde que convivió en catacumbas y covachas con los esclavos del Imperio Romano, mientras, que el marxismo sólo puede alegar el corto abolengo de las miserias de los obreros ingleses de comienzos del siglo XIX. Esta posición, nutrida de viejas citas de san Agustín y santo Tomás y abonada por los Evangelios, se inspira en el hombre y mira en primer lugar el hombre -persona-, y no tiene su punto de partida en el mercado de la riqueza y su producción. Enunciada por León XIII en 1891, en plena época de liberalismo, bajo la barbada rectoría de Spencer, cuando fracasada la Iª Internacional obrera y apenas apuntaba tímidamente la IIª, la doctrina social de la Iglesia tiene las necesarias independencia y autoridad para condenar "a la derecha el capitalismo inescrupuloso y a la izquierda la demagogia destructora". Como lo han demostrado Max Weber y Werner Sombart, el capitalismo nace del protestantismo -en especial de Calvino-; y el estatismo ateo y materialista, resultante de la dialéctica de Hegel, es la última consecuencia de la reforma luterana. Ambos provienen de una laicización radical. Sin embargo, ella no pudo destruir los relieves de la Edad

Media, el residuo ético-religioso católico que se hizo presente como fermento en la subconciencia. Estos latentes factores llevaron, entonces, a movimientos ideológicos que, al carecer de sólida subestructura moral, propugnan el individualismo absoluto de un Estado sin entrañas o se orientan hacia un socialismo materialista.

En este clima, reaccionando contra adversas corrientes económicas y políticas, se afirma, regida por cinco grandes principios, la doctrina católica del Estado: La diferencia entre lo temporal y lo espiritual, expresada en la frase lapidaria de Cristo que, según Renán, divide el mundo moderno del antiguo, "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Después, la vinculación de estos dos elementos: existe una referencia del Estado a la comunidad espiritual que -contra la opinión de protestantes y liberales- es visible, una sociedad perfecta.

En tercer lugar: la idea del bien común, no equilibrio de derechos opuestos a la suma de voluntades individuales, sino integral y primigenio elemento dinámico. Dentro del bien común, empero, funciona una escala de valores que se refleja en una jerarquía de las instituciones civiles, cuarto principio que, como corolario, trae consigo una disparidad de funciones en el cuerpo social. Aquí, dentro de los lineamientos generales de la concepción católica, aporta el Perú un desarrollo especial cuya importancia ha señalado Belaunde en su libro *La crisis presente*: es la doctrina de Bartolomé Herrera, que ve el fundamento inmediato de la soberanía en la inteligencia y no en la voluntad mayoritaria, de suerte que ha de gobernar la minoría de los más capaces con el consentimiento de la masa alejada de la dirección de la república.

Pero esto es sólo explicable gracias al quinto principio, la ley eterna, que limita el subjetivismo político sustentado por Rousseau y nos presenta la justicia objetiva, absolutamente valedera, como última instancia. No hay -para emplear una fórmula feliz del Maestro que hoy festejamos- "pentecostés democrático"; existe sí una norma autónoma y trascendente que pertenece al orden moral.

Esta concepción, nutrida en el subsuelo de la filosofía tradicional, no es por cierto una mera construcción académica que nada tenga

que ver con la práctica. Muy por lo contrario, detrás del andamiaje liberal que ha caracterizado generalmente las constituciones políticas del Perú late este esquema jurídico-social, voluntariamente olvidado pero que corresponde a la efectiva realidad de nuestra patria. De hecho nos rige, aunque coartado en su benéfica vigencia, y nos muestra un derrotero hacia un porvenir mejor. En tal convencimiento propuso Belaunde estas ideas en el Congreso Constituyente de 1931, y logró hacer sancionar algunos de sus postulados en la carta fundamental.

Por la ley eterna, la comunidad trasciende la contingencia mundanal y se abre al horizonte de lo divino, supremo océano del bien, que puede ser columbrado desde diversos senderos; uno de ellos es la metafísica de la experiencia interna que transitó san Agustín y que Belaunde ha hecho el suyo. Sendero de trascendencia ascendente en que el espíritu trasciende el mundo sensible y es trascendido por la Verdad inmutable. El hombre no es únicamente un animal social sino también -siguiendo a Kant- un animal metafísico, nos dice: *Su inquietud perenne postula la noción y la existencia de lo Absoluto. Pero la inquietud postula además la afirmación de la libertad humana. Nuestro desasosiego perenne, nuestra angustia. Nuestra agonía, supone que somos dueños de nuestro destino y que nuestra vida y porvenir dependen de nosotros mismos. Cuando desaparece la conciencia de nuestra propia libertad desaparece también la inquietud y en su reemplazo surge la resignación o la inercia fatalista. La serenidad aparece así unida a la concepción fatalista o mecánica de la vida.*

El Maestro Belaunde es consecuente con estas palabras suyas. ¿Habeis visto, señores, a un hombre más inquieto que este don Víctor Andrés, viajero infatigable por las comarcas de la tierra y la cultura? Y si a ratos parece sereno, tiene la serenidad de su admirado Pascal que mantiene las esencias de la inquietud, la libertad humana, el misterio inasequible de lo Absoluto. Serenidad instable, claudicante, mientras dure nuestra miseria que busca el ser y se afianza en la fe: dinámica serenidad de plenitud.

En la acción parlamentaria, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, desde la cátedra sanmarquina, en la Universidad Católica -a la que ha aportado sus luces y su consejo ya sea como

vicerector y decano ya sea como director del Instituto Riva-Agüero-, recluso en su torre de papel o en sus retiros de Chosica y Chancay, dado a la faena de pensar y escribir, charlar o meditar, en la brega diplomática de defender al Perú, dirigiendo el *Mercurio Peruano* o en la antañona protervia de amigos, la Academia Peruana de la Lengua o la Sociedad de Filosofía, es siempre inconfundible, original, afirmativo, en su prestancia interior, en su porte de hidalgo, en su benévolo y travieso ademán de hermano mayor. Sí, señores, sólo encuentro una palabra, no de homenaje sino de justicia apartada de la lisonja, ajustada a la veracidad para expresar lo que es Víctor Andrés Belaunde. Esta palabra es plenitud.

*La mejor lección**

Aunque asumiera una actitud pluralista (que aceptaba que cada cual fuese a su manera y que ello no determinara obstáculo para que pudieran vivir en paz los unos con los otros), desconfiaba Víctor Andrés Belaunde de los plurales. El singular -decía- magnifica, exalta; en cambio, el plural deprime, degrada. Y abundaba en ejemplos confirmatorios de su teoría: El Sol (rey de los astros), y los soles (que se devalúan); la mujer (madre o esposa) y las mujeres (que son la perdición de los hombres); la historia (maestra de la vida), y las historias (de Fulano o Mengano); el gallo (altanero y corajudo), y los gallos (que se le escapan al cantante); la palabra (empeñada, que vale oro), y las palabras (que se lleva el viento); y así seguía interminable, con sus pruebas al canto.

Lo curioso del caso estriba en que él era un hombre plural, es decir múltiple, aunque en una pieza; de mil perfiles (algunos insospechados) aunque transparente como el cristal. Quien lo conocía poco veía en él al orador -a lo Castelar, decían los irónicos-, al intelectual de renombre, al estudioso de la historia y el derecho, al hombre de profunda fe religiosa. Para muchos era el Maestro.

Quien lo trataba más, descubría en él a un amigo de cordialidad y sencillez cautivante, gran fabricante de paradojas e ingeniosas teorías, apotegmas y "triángulos", que al par de divertir traían un fondo de verdad y una dosis de sonriente crítica. Valga por muestra su invención de la "regla de la desaparición". Es la siguiente: Todo conflicto trae consigo una destrucción: si es entre pequeñas potencias, gracias a las Naciones Unidas, desaparece el conflicto. Si es de una pequeña con una grande, a pesar de las Naciones Unidas, desaparece la pequeña potencia. Si es entre dos grandes, desaparecen las Naciones Unidas.

* En: *Dominical*, suplemento del diario *El Comercio*. Lima: 11 de diciembre de 1983, n° 50, p. 7.

Imagino que a luz de san Agustín (que leía cada noche entre tres y cinco de la mañana), construía Belaunde sus muchas y a veces renombradas ocurrencias, como aquella que también se refiere a la asamblea de Nueva York. Presidía cierta vez Víctor Andrés una de las tantas comisiones en que ésta abunda, y un delegado -he olvidado su procedencia y la causa de su disgusto- lo atacó acerbamente. Expectación. ¿Qué dirá ese peruano tan ingenioso? Por respuesta y explicación, se limitó a declarar algo así como "Señores, la cortesía de los reyes es -como se sabe- la puntualidad; la del orador, la brevedad; la del enamorado, la oportunidad; y la del presidente de comisión, la indiferencia".

Aún más que la indiferencia por lo menudo y la pasión por lo grande, era la generosidad el fuerte de Víctor Andrés. Una enorme capacidad de comprender y perdonar, de ponerse en el lugar del contrario, sin claudicar por eso de sus principios, lo acompañó durante toda su juventud -que duró hasta los 80 años-, y es éste uno de los rasgos de su carácter que más recuerdan sus amigos.

Pero cuando se llegaba a auscultar cabalmente su personalidad, la multiplicidad se tornaba en complejidad -propia de un personaje de J.L.Borges- y se advertía tras una tendencia a la extraversión, a buscar el aplauso y complacerse en él, un recogimiento, confrontación de valores profundos, y un certero juicio crítico sobre la vida y sus quehaceres. Belaunde practicaba una apreciación serena de las proporciones, calidades y defectos, del humano devenir, en la historia, la sociedad y la persona, que no dejaba de aplicarse a sí mismo. Entonces más allá del maestro y del amigo, era un ejemplo, un espejo.

He tenido grandes maestros y no me faltan buenos amigos aquende y allende el océano. Víctor Andrés fue catedrático mío de Historia del Perú en la Universidad Católica, después mentor en la función diplomática, por sus libros y enseñanzas prácticas y reflexiones. Después amigo; en Torre Tagle, en la Academia, en el Instituto Riva-Agüero, en las cenas de "protervos" en su Villa Agustín en Chosica (donde los domingos destapábamos una botella de **corton** nacional para hablar de filosofía), en su

acogedora casa de San Isidro... De él recibí la mejor lección de mi vida : lección ejemplar, que amén su significación ética tiene aire de paradoja, que lo muestra en su alta estatura moral, y también en su socarronería. ¡Ahí va!

Hablábamos de un personaje hinchado como un pavo navideño (no importa el nombre), que se creía la octava maravilla y exigía ser reconocido como tal. En eso, con gesto que era suyo, me tomó por el brazo y me encaminó hacia una esquina de la oficina en que estábamos, como si quisiera confiarme un gran secreto, y me dijo: -Alberto, ¡qué gran cosa es saber que uno es un pobre cojudo! (Colijo que lo diría por mí, pues él no lo era).

*Raúl Ferrero o la mocedad del alma**

Decía George Santayana que imaginaba las sombras de los difuntos fijados en el aspecto que tuvieron en el momento culminante de sus vidas. Y en efecto la historia suele representar a las grandes figuras en sus instantes estelares (que pueden ser varios): Alejandro Magno, cuando cortaba el nudo gordiano; Goethe, durante su viaje a Italia o en su deslumbrante senectud; Napoleón, en Austerlitz. Y así también nos acontece a nosotros, que se nos graban en la memoria, los prohombres que hemos conocido, los amigos y coetáneos, en una circunstancia que nos parece representativa o que nos ha impresionado particularmente.

Para mí, Raúl Ferrero (1911-1977) es el joven profesor universitario, el dirigente de la juventud católica, el brillante orador de veinte años, allá por mil novecientos treinta y tantos. Después ha alcanzado muy altas posiciones y ha adquirido notoriedad nacional en el foro, la política y en la estructura económica del país. Otros saben más que yo de ello.

Quieren estas pocas líneas de afectuoso recuerdo quedarse con el Raúl del rumoroso Barranco de hace casi cincuenta años, bajo los ficus de la avenida de Chorrillos donde vivía su novia, frente a la quebrada de los baños en que modestamente moraba, y de la plaza Francia a cuya vera, en una pequeña universidad, ejercía su lozano magisterio al amparo de la Recoleta.

Era un mozo que respiraba simpatía e infundía confianza; franqueza y gallardía y una radiante vitalidad constituían sus armas; penetrante inteligencia y esforzada cultura, sobre todo histórica, lo distinguían. Donde estuviera, era siempre el primero entre sus pares, por su cálida elocuencia, su noble pugnacidad y su deportivo talante. Fuera ello en aulas o claustros,

* En: *Libro de Homenaje a Raúl Ferrero R.* Lima: 1984, p. 194-195.

por el Club Regatas, en la Herradura o en los salones que frecuentaba ya con ánimo de lanzarse a la política.

Porque desde muchacho pensaba en ella, sin disimulo, con autoridad. Fundamentalmente latino -itálico en el origen, francés gracias a su formación, hispano por vocación-, sentía el Perú entero; alerta a lo que en aquel entonces era el enigma de la presencia indígena en la realidad nacional. Conservador en un sentido -Riva-Agüero y Belaunde significaban para él, como para todos nosotros, puntos cardinales de orientación ideológica-; futurista en otro, abierto a la doctrina social de la Iglesia y a los reclamos de tendencias y teorías en boga.

Hombre cabal, Raúl Ferrero, de humanidad primigenia, de juventud plena, ilusionada y comunicativa. Pasaron los años, cambiaron los tiempos, vinieron honores, responsabilidades y quizá reveses, pero siempre continuó guardando -como un secreto a todos revelado- su mocedad del alma y limpidez de espíritu, cristalina virtud que lo acompañará para siempre.

Javier Correa Elías

Entre los grandes gestores de la Universidad Católica en la década del 30, han sido exaltados -con justicia- su venerado fundador -el padre Jorge- y su generoso mecenas -Riva-Agüero-, pero poco se ha escrito sobre el inteligente y dinámico ejecutivo (como se dice hoy) de dicha institución: Javier Correa Elías (1898-1978). Sin él, la Universidad no habría llegado a cumplir su función histórica en aquellos años, en mérito de la cual le fueron abiertas las puertas de su notable expansión durante el rectorado de Felipe Mac Gregor, que -a su vez- habría de llevarla a su actual significación nacional.

Desde su fundación, en 1917, hasta el cierre de San Marcos, en 1932, pese al honorable claustro que la regía, fue "la Católica" en verdad nada más que la "Academia Dintilhac" como más de una vez se la motejó. Esta modesta casa de estudios fue proyectada, por la intervención policial en el antiguo Convictorio Carolino, a la posición de "la" Universidad de Lima, pues no existía otra en nuestra capital. ¡Oportunidad increíble e inesperada! Ella supo cogerla al vuelo y aprovecharla. Y el artífice, el realizador, de esta proeza decisiva fue Javier Correa, desde luego que bajo la dirección y con el apoyo del padre Jorge y de las autoridades universitarias. Inicialmente secretario de la Facultad de Letras, asumió las más variadas funciones, con el aplauso de todos: asegurar la inscripción de un número imprevisible de candidatos, buscar catedráticos idóneos, organizar los cursos, arbitrar fondos, realizar gestiones ante el ministerio competente, garantizar el funcionamiento en los exiguos locales disponibles, absolver consultas, mantener la dignidad de la Universidad frente a acechos de dentro y fuera y resolver, sobre la marcha, los mil pequeños problemas de cada día.

Encarnaba el espíritu de iniciativa y el dinamismo, que desbordaban los límites de sus funciones oficiales, cuando advertía un vacío o la abulia de un responsable. Era como con los "sablazos": como no redundaban en provecho propio sino servían a un ideal superior nada suscitaba en él cortedad de ánimo o "respeto

humano" y saltaba las vallas para ir directamente al grano, donde otros vacilaban o se encogían. Y conseguía -es cierto que con la ayuda de Dios- lo que necesitaba para la entonces muy desvalida universidad. Hombre de valiente fe cristiana (no le tenía miedo al susto), convencido de la bondad de la causa que ardientemente defendía, de desconcertante franqueza, tomaba al toro por las astas. Clara inteligencia, conocimiento del mundo y de la vida, inusitada capacidad de trabajo. ¡Un ejemplo para los muchachos! Diplomático de oficio sabía Javier Correa respetar la personalidad de cada cual y no ignoraba que representación y figuración, títulos y honores, son futilidades, volutas de humo que él rehuía metódicamente. Cuando asistía a almuerzos de estudiantes, se sentaba en el último puesto.

Bajo su impulso, y ganando el viento de las circunstancias favorables, tomó la UC rápidamente incremento y logró nombradía e influencia. Con la lealtad y pericia del Dr. Correa contaron los patrocinadores de la casa -algunos de ellos, altas figuras, como Víctor Andrés Belaunde-, y así en breve, a Letras y Derecho, se añadieron otras facultades, en especial la de Ingeniería, que Cristóbal de Losada y Puga convirtió en ejemplar.

Cuando reabrió San Marcos, "la Católica" había dejado de ser la vergonzante "Academia Dintilhac" y se presentaba como una universidad de prestigio nacional, que -con su elevación a Pontificia- obtuvo un amplio reconocimiento más allá de las fronteras del país.

Con el tiempo fue Javier Correa secretario general y tesorero general de la institución, hasta que volvió a su cuerpo de origen, el Ministerio de Relaciones Exteriores, del cual fue secretario general y después ministro del ramo y embajador en Chile. En todos estos cargos destacó por su rectitud, su dignidad, el estímulo que brindó a quienes trabajaban con él y su alta calidad profesional. Varias generaciones de alumnos de la plaza Francia y de funcionarios de Torre Tagle no habrían de olvidar su estampa erguida, algo altanera pero radiante de calor humano, su limeño sentido del humor, su cordialidad convincente, que ponía rápidamente en confianza; muchos de ellos le queda-

ron obligados por útiles consejos, una palabra de aliento, su convivial llaneza y más de una decisión administrativa o académica favorable. Y es para mí timbre de honra poder ofrecer con estas mal hilvanadas líneas, y a más de medio siglo de distancia, un testimonio sobre el amigo, maestro y jefe, y hacer emocionada y agradecida memoria de quien -dentro del respeto que le teníamos- algunos llamábamos, con afecto, simplemente Javier, como si fuera tan sólo un camarada más.

París, agosto de 1997.

*Tres maestros**

Pero volvamos a la Universidad Católica de los años treinta. Había en ella grandes maestros, como José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, el padre Rubén Vargas Ugarte y Julio C. Tello. En la facultad de Ingeniería gobernaba la fuerte personalidad de Cristóbal de Losada y Puga. Pero había también el profesor improvisado, ya sea un profesional de cierta nota, ya sea el maestro secundario aupado a la cátedra. No faltaba el sujeto pintoresco por su remilgo o por su desenfado. A ellos se añadían los catedráticos auxiliares, por lo general jóvenes brillantes, de influencia en el alumnado, de los cuales muchos tuvieron después descollante figuración.

Riva-Agüero -sobre quien escribí una semblanza necrológica- era la erudición y socarronería andando. Amabilísimo con sus amigos, cubría de sabios improperios arcaizantes a sus enemigos. Hablaba con una entonación que le era peculiar y escribía en estilo anticuado y divertido, de adjetivación certera y desconcertante. El marqués de Aulestia (que tal era su título nobiliario) era la *bête noire* de la *intelligentsia* aprista y el personaje más visible de la aristocracia limeña.

Más que en Lártiga (su solar familiar, ahora local del instituto que lleva su nombre) residía en Chorrillos, en una casa pompeyana, cuando no estaba ausente, dando la vuelta al mundo. Hispanizante, castizo, se preciaba también indianófilo; genealogista, vivía con un pie en lo presente y otro en lo pasado; generoso, protegía a mucha gente, en especial a pobres vergonzantes, existencias venidas a menos, sobre todo si sus lejanos abuelos habían sido partidarios del mariscal Riva-Agüero, primer presidente del Perú. Pero ¡ay! de aquel que entre los suyos contara con un adversario de cualquiera de los antepasa-

* En: *Bajo el jazmín: memorias*. Lima: Academia Diplomática del Perú / Instituto Riva-Agüero, 1997, p. 44-47.

dos de don José; motejado de felón, traidor y fementido, contra toda lógica culpaba el marqués en su inquina al inocente vástago de las infamias de aquél, mitad en burlas y mitad en serio. Su especialidad era la sátira alegórica, y sabía tejer largos paralelismos -muchas veces incomprensibles para quien no maneja- ra, digamos, la historia de Bizancio- referidos a situaciones u ocurrencias actuales.

Recuerdo que una vez cayó la conversación en Xavier Zubiri -quien, sacerdote, había sido autorizado por la Santa Sede a contraer matrimonio- y se despachó Riva-Agüero una semblanza del rey don Ramiro el monje que evocaba ciertos problemas hartamente personales a raíz de su salida del convento para asegurar la sucesión de su casa, preguntándose -con ironía y lenguaje propios del arcipreste de Hita- cómo los habría resuelto el filósofo.

De mi nivel, en la Universidad Católica, si no me falla la memoria, varios teníamos trato intelectual con él. Ante todo Pedro Benvenuto Murrieta, precoz autor de un libro sobre recuerdos de Lima, con prólogo del propio Riva-Agüero; Guillermo Lohmann Villena, a quien lo vinculaba la afición a la historia; Jorge Villarán Pasquel; Carlos Pareja Paz-Soldán, Jorge Zevallos Quiñones... Imagino que con promociones anteriores a la mía -pienso en Raúl Ferrero- tendría conciliábulos políticos. Cuando partí a Europa me confió dos volúmenes para Paul Rivet y una generosa recomendación para él.

Víctor Andrés Belaunde -sobre quien también he escrito, y varias veces- representaba la cordialidad en persona. Vivía en lo presente y en lo futuro, y simultáneamente en todas las latitudes de la geografía y del espíritu. Sería difícil citar a alguien en nuestro grupo que no fuera su amigo. Su actuación política, el debate parlamentario sobre la Constitución de 1933, sus múltiples conexiones internacionales y los libros que recibía de todas partes, sus misiones diplomáticas, lo convertían en el hombre del día. Andando los años tuve cordial amistad con él.

El padre Vargas Ugarte

El padre Vargas, jesuita e hijo del historiador Nemesio Vargas, pasaba por ser hombre intratable, perdido entre sus legajos y afilado en sus juicios. Trabajador infatigable, se permitía poner notas inverosímiles (que hubieran desencadenado "tachas" si hubiese dictado en San Marcos) y -¡oh insolencia!- exigía que los "trabajos de investigación" semestrales lo fueran de verdad y se basaran en análisis de documentos en archivos o en fuentes impresas. El único cinco (sobre veinte) de mi vida se lo debo a él. Le tengo por ello especial reconocimiento y simpatía, y actualmente -pues el gran historiador vive aún en la residencia de la calle del Gato*- nos tratamos con amistosa deferencia. El cocacho disciplinario que me propinó me enseñó -para siempre- a ir a los orígenes y causas en los temas que debo estudiar.

Julio C. Tello

Julio C. Tello (1880-1947) sabía poco castellano; sus instrumentos de pensar y comunicar eran el quechua y el inglés. Dictaba sus clases a las siete de la mañana (lo que reducía el número de oyentes), en un tartamudeo desordenado, que rezumaba conocimientos esotéricos. Total: un desastre. Pero ir al campo -arqueológico- con él constituía un placer y una verdadera aventura física y espiritual: los montículos que parecían mudos, no sólo hablaban sino tomaban forma, las huacas revivían y los caminos murales se poblaban. Para todo tenía una explicación o una teoría, y como por ensalmo surgía el lejano pasado precolombino ante nuestros ojos. No es de extrañar que siendo tan disímiles -en todo- hubiesen sido amigos Tello y Riva-Agüero.

* Este texto fue escrito en 1972. El padre Rubén Vargas Ugarte S.J. nació en Lima el 22 de octubre de 1886 y murió en la misma ciudad el 7 de febrero de 1975.

Cristóbal de Losada y Puga

Cristóbal de Losada y Puga (1894-1961), con nombre de oidor -era nieto del último gobernador español de la Florida- ejercía la profesión de ingeniero. Había "construido" la facultad correspondiente en la Universidad Católica, que servía de ejemplo por su rigor académico a todas las demás. Matemático insigne, disfrutaba de una vasta cultura humanística, y se caracterizaba por sus opiniones duras. (Su especialidad era la resistencia de materiales). Lo apodaban *Patada y Pugna* y las malas lenguas decían que todo trato con él representaba un incidente personal. Fue director de la *Revista de la Universidad Católica*, que bajo su férrea disciplina alcanzó alto nivel intelectual. A él se debe que el último libro que escribió Riva-Agüero fuera sobre literatura francesa, que no era su tema habitual. La historia es simple: Losada le entregó, para que hiciera una nota crítica, un volumen en francés sobre Malherbe y Ronsard, que había sido remitido a la revista. El uno que se puso a profundizar en el tema pues discrepaba con ciertas apreciaciones de la obra, el otro que exigía que esa discrepancia tomara forma escrita, el asunto es que la tal "reseña" ocupó durante varios meses la atención de Riva-Agüero y varios números de la revista cuyas páginas-juntadas después- vieron la luz en forma de libro. Como director, ofrecía Losada un almuerzo anual a los colaboradores de su publicación, al que asistía un conjunto muy representativo de los intelectuales limeños. Se distinguía este ágape por la esquila de invitación que recibían los convidados: al pie de ella se podía leer: No habrá discursos. ¡Qué tranquilidad para todos!

Con Losada, que fue varios años después director de la Biblioteca Nacional, me ligó a lo largo del tiempo también afectuosa amistad. Conociendo que tras su cabal y agresiva compostura se ocultaba una inconfesada sencillez y bondad, me esforcé en darle un giro humorístico a la correspondencia que con él sostuve sobre adquisición de libros y documentos en Chile para la Biblioteca Nacional. A cada desenfado mío respondía él con la dignidad que lo caracterizaba. Pero sé que se reía mucho.

Colofón

En la plaza Francia se yergue la estatua del padre Jorge. Era ése su ámbito: la iglesia neogótica, el colegio de los Sagrados Corazones, el Hospicio Manrique y la plazuela -una de las quince que evocó Pedro Benvenuto-, un triángulo de modesto ornato municipal. En sus bancas, pintadas de verde, entre curso y curso descansaron, charlaron y coquetearon varias generaciones de muchachos y muchachas de *su* universidad.

Está en la periferia del centro histórico de la ciudad, donde otrora comenzaban las huertas y se refugiaban los frailes recoletos, al cabo de la calle de la Amargura, que llevaba -todavía en el siglo pasado- a la anchura generosa de la campiña limeña. Intimidad y apertura al mundo del espíritu; arraigo en el terruño peruano y perspectivas por encima de los Andes y el mar océano hacia europeas latitudes, a Galias, a la Roma eterna y pontifical...

Allí germinó, sembrado por la fe, el grano de mostaza, que se hizo árbol, y en cuyas ramas y follaje anidan las aves del *campus* actual. Confiante en Dios, fiel a la Iglesia, al servicio del país, así quiso el padre Jorge que fuera su obra, y así sigue su camino.

Caminante: si alguna vez pasares, abstraído o atareado, por ese paraje, sin mayor relieve ni encanto, mas de simplicidad acogedora, no olvides que está poblado de figuras ilustres -peruanas y foráneas-, y entonces advertirás que el recuerdo convoca y reúne en sus confines a aquellas figuras del viejo claustro de que te habla -con insuficiente elocuencia- este cuaderno de archivo.

Índice

Presentación, por el padre Armando Nieto Vélez S. J., profesor principal del Departamento de Humanidades	5
Estancias y circunstancias	7
Recuerdo de Carlos Pareja	12
Perfil de Riva-Agüero	16
Belaunde o la plenitud	26
La mejor lección	32
Raúl Ferrero o la mocedad del alma	35
Javier Correa Elías	37
Tres maestros	40
Colofón	44

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Archivera

Arturo Fernández Farro
Alumno colaborador

Vanessa Veintemilla Minaya
Archivera colaboradora

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Ejemplar N°

El número 7 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 30 de agosto de 1998, festividad de santa Rosa de Lima, patrona de la Pontificia Universidad Católica de Perú, en Fredy's Publicaciones y Servicios e.i.r.l. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.